

bala entonces templada y luminosa, como rejuvenecida por el centelleo del fuego de la chimenea.

Los muebles estaban en su antiguo sitio; el reloj marcaba aún las siete y treinta y siete minutos; nadie había dormido allí desde que la señora Chanteau murió en aquel cuarto mismo.

¡Sí! ¡En aquel mismo lecho había espirado su madre! ¡En aquel lecho temido y sagrado veía renacer á su hijo, demasiado pequeño en la grande anchura de las sábanas!

—¿Esto te contraría?—preguntóle Paulina sorprendida.

Él hizo un signo negativo con la cabeza, porque no podía hablar. ¡Tan grande era su emoción!

Luego balbuceó:

—¡Es que pienso en mi madre! Ella ha partido para siempre, y he ahí que partirá como ella. ¿Por qué habrá venido al mundo?

Los sollozos le cortaron la voz.

Su miedo y su disgusto de la vida estallaban con fuerza, á pesar del esfuerzo que hacía para callar, desde el doloroso alumbramiento de su mujer Luisa.

Y cuando él imprimió sus labios en la frente arrugada de su hijo, retrocedió con algún asombro, por

que creía sentir que el cráneo del pequeño se hundía con la presión de sus labios.

Delante de aquella criatura que él arrojaba tan débil en la existencia, desesperábase el remordimiento.

—Tranquilízate—decía Paulina para animarle.—Será un guapo mancebo, porque nada significa que hoy sea pequeño....

Él la miró con extravío, y en su aturdimiento se le escapó de lo hondo del pecho una confesión sincera.

—¡A tí sola debemos su vida! ¿Está escrito que siempre me has de ofrecer motivos de gratitud?

—¿Yo?—respondió ella con la mayor naturalidad.—Yo he hecho sencillamente lo que la comadrona habría hecho si hubiese estado sola.

Y con un ademán le impuso silencio.

—¿Es que me crees bastante ingrato para no comprender todo lo que te debo?—añadió Lázaro.—

¡Desde tu entrada en esta casa no has cesado de sacrificarte! No hablo, no, de tu dinero: es que me amabas cuando me has dado á Luisa, y yo lo comprendo ahora. ¡Si supieses cuán grande es mi vergüenza al mirarte! Te habrías abierto las venas por nosotros, y estabas siempre alegre y amable, hasta en los días

en que yo te magullaba el corazón..... ¡Ah, Paulina! Dices bien: no hay más dicha en la vida que la alegría y la bondad. ¡Todo lo demás es una horrible pesadilla!

Su prima quiso interrumpirle, y él prosiguió así, con voz más alta:

—¡Eran imbéciles mis negaciones, mis fanfarro-
nadas, el vacío de desesperación en que yo me agi-
taba por temor y por vanidad! Soy yo sólo el que ha
hecho mala nuestra vida, la tuya, la mía, la de toda
la familia..... Sí: tú eras la prudente, y con tu cari-
dad y tu alegría nos llenabas de delicias, porque la
existencia es fácil, es dulce cuando en la casa reina
alegría y los unos viven para los otros. Si el mundo
tiene un fermento de miseria, que lo sufra siquiera
con alguna resignación, compadeciéndose de sí
mismo.....

La violencia hiperbólica de tales frases hizo son-
reír á Paulina, que le tomó las manos.

—Vaya, cálmate..... Y si reconoces ahora que
tengo razón, corrígete y todo marchará bien.

—¡Ah, sí! ¡Corrígete! Esto lo digo en cada mo-
mento, porque hay horas en que la verdad se me
impone..... Pero ¡mañana quizás volveré á caer en mi
tormento ordinario! ¿Acaso se cambia? ¡No! Esto

no marchará bien, esto marchará cada día peor. ¡Tú
lo sabes como yo! ¡Es mi propia estupidez la que
me impulsa rabiosamente!

Ella le atrajo hacia sí con dulzura, y le dijo con
solemne gravedad:

—Tú no eres estúpido ni malvado; eres un infeliz.
¡Bésame, Lázaro!

Y los dos cambiaron un beso delante del pobre
pequeño, que parecía dormir tranquilamente: era
un beso de hermano y hermana, en el que no había
la más leve centella del fuego de deseos en que se
abrasaban ambos la víspera de aquel triste día.

*
**

El alba se levantaba, una aurora pálida y gris, de
maravillosa dulzura.

Cazenove llegó para ver al niño, y se asombró de
encontrarle en tan buen estado, expresando su pa-
recer de trasladarlo á la cámara de la madre, por-
que él creía que ya no peligraba la existencia de
Luisa.

Cuando ésta vió á su hijo, bosquejóse en sus labios
una débil sonrisa, y en seguida cerró los ojos, y
cayó en uno de esos profundos sueños que suelen
ser la convalecencia de las recién paridas.

Habían abierto un poco la ventana del cuarto para que se disipase el olor de la sangre derramada, y una frescura deliciosa, un soplo de vida subía hasta allí con la marea alta.

Todos permanecían inmóviles, cansados, satisfechos, delante del lecho en que la enferma dormía, y luego se retiraron ahogando el ruido de sus pasos, quedándose únicamente la señora Bouland á la cabecera de la cama de Luisa.

El médico no partió á su casa hasta las ocho: tenía hambre, y Lázaro y Paulina desfallecían también de inanición.

Fué necesario que Verónica preparase café con leche, y una tortilla.

En el comedor estaba aún Chanteau, durmiendo profundamente en su sitial: nada se había tocado, y el aire del cuarto estaba emponzoñado con el humo acre de la lámpara, que todavía quedaba encendida.

Paulina, sonriendo, hizo notar que la mesa estaba ya puesta, y sacudiendo las migajas de la comida que se interrumpió la víspera, volvió á ponerlo todo en orden.

Luego, como el café con leche se retrasase, los tres desfallecidos atacaron á la ternera asada, lan-

zando agudas bromas sobre el banquete suspendido por causa de aquel alumbramiento laborioso.

Ahora que había pasado el peligro mostraban una alegría de muchachos.

—Creedme, si queréis—decía Chanteau encantado con tal alegría;—dormitaba sin dormir; estaba furioso porque nadie bajaba á darme noticias, y no tenía, sin embargo, mucha inquietud, porque pensaba en que todo iría bien....

Y su alegría se aumentó al ver al cura Horteur, que venía despues de decir misa.

Chanteau se mofó de él sin piedad.

—¡Y bien! ¿qué os ha ocurrido? ¿Así me dejáis solo? ¿Es qué os dan miedo los niños?

El cura, para salir del aprieto en que lo ponía el gotoso, contó que una noche había ayudado á una pobre mujer á dar á luz en medio del camino, y después bautizó al recién nacido....

Y en seguida aceptó una copa de curazao.

Claro sol inundaba de luz el patio cuando el doctor Cazenove se despidió de la familia.

Lázaro y Paulina le acompañaron hasta el vestíbulo, y allí el médico preguntó á la joven en voz baja:

—¿No marcháis hoy?